

## Discurso de aceptación

20 de junio de 2024

### **Elke Weber**, galardonada en la categoría de *Humanidades y Ciencias Sociales (XVI edición)*

Me complace mucho y es un gran honor para mí recibir el Premio Fronteras del Conocimiento en Humanidades y Ciencias Sociales por mi trabajo sobre la toma de decisiones medioambientales y los factores motivadores para la acción contra el cambio climático. Agradezco a la Fundación BBVA y a los miembros del jurado este extraordinario honor.

La toma de decisiones medioambientales es una disciplina nueva. Surgió de la teoría de la decisión, según la cual los humanos (los *homo sapiens*, «nosotros») no necesariamente tomamos decisiones de manera estrictamente racional. El sesgo del presente, el temor a la pérdida y otras desviaciones sistemáticas de la racionalidad económica nos llevan a tomar muchas decisiones que no nos benefician a largo plazo. Esto es así en muchos ámbitos —desde la falta de previsión en el ahorro para la jubilación hasta los hábitos de alimentación poco saludables— en los que conducirse con visión de futuro exige un sacrificio inmediato y seguro a cambio de beneficios que quedan pospuestos al futuro y a menudo son muy inciertos. Lo mismo se aplica a las decisiones medioambientales, como la acción por el clima, pero en este caso los beneficios futuros ni siquiera revierten en nosotros, sino en otras personas de lugares lejanos o en generaciones venideras. Las decisiones medioambientales también afectan a los bienes públicos y a los recursos de uso común y libre disposición, lo que hace que la acción protectora parezca un empeño más arduo todavía.

Pero, afortunadamente, conocer mejor la toma de decisiones humanas en condiciones de riesgo e incertidumbre no nos trae solo malas noticias. Ayuda saber que a la gente no solo le motivan las consecuencias materiales para su persona, sino que también se preocupa su aceptación social, y que tiene necesidades y objetivos psicológicos (como sentirse segura o confiar en sus decisiones). Este conocimiento nos aporta una serie de incentivos que motivan para la acción mucho más que los que nos aportan la economía y la ley.

También es de ayuda saber que las decisiones no las tomamos solo con la cabeza (calculando las consecuencias), sino también con el corazón (respondiendo a sentimientos de culpa o de orgullo) y atendiendo a las reglas (siguiendo las normas morales de conducta o los procedimientos operativos estándar). Este conocimiento nos permite diseñar entornos de decisión que aumenten las probabilidades de tomar decisiones con previsión.

Decir que se necesita el esfuerzo de todos es un tópico, pero también es la pura verdad cuando se trata de cultivar el conocimiento a través de la investigación, conseguir que ese conocimiento se aplique en entornos del mundo real y proporcionar una buena formación a la próxima generación de científicos interdisciplinarios y responsables de las políticas, tanto del sector público como del privado.

Por eso quiero expresar mi reconocimiento a algunos de mis mentores con los que he trabajado a lo largo de los años, cuyas ideas me han servido de inspiración y han orientado mi investigación. Por desgracia, muchos de ellos ya no viven; entre ellos, mi director de doctorado, el eminente psicólogo matemático Duncan Luce. Duncan me hizo considerar la toma de decisiones bajo riesgo e incertidumbre desde el punto de vista de la psicología, pero con rigor matemático. También tengo una enorme deuda con Dave Krantz —coautor junto con Duncan Luce y Amos Tversky de la obra magna en tres volúmenes *Foundations of Measurement*)—. Con David fundé en 2001 el Centro de Investigación en Decisiones Medioambientales (CRED) en la Universidad de Columbia. En este centro se inició la subdisciplina de la toma de decisiones medioambientales y se formaron numerosos estudiantes de doctorado y posdoctorado de gran valía. El tercero de los fallecidos con los que estoy en deuda es Howard Kunreuther, un economista conductual de la Universidad de Pensilvania, que aportó «su» capítulo sobre gestión de riesgos como un trampolín para presentar los procesos de decisión no racionales ante el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC) de las Naciones Unidas en los primeros años de la década de 2010.

Y a continuación, mi reconocimiento a los vivos: a los estudiantes de posgrado y posdoctorado y a los colegas y colaboradores, demasiados para mencionarlos a todos. La Universidad de Princeton ha sido un hogar intelectual muy estimulante durante los ocho últimos años, donde fundé el Behavioral Science for Policy Lab (BSPL), que abarca el Centro Andlinger de Energía y Medio Ambiente en Ingeniería, la Escuela de Asuntos Públicos e Internacionales (SPIA) y el Departamento de Psicología. Quiero dar las gracias a los dos compañeros de Princeton que me propusieron para el Premio, también ellos galardonados con el Premio Fundación BBVA Fronteras del Conocimiento: Susan Fiske, del Departamento de Psicología, que ganó el Premio hace cuatro años en la categoría de Humanidades y Ciencias Sociales, y Simon Levin, del Departamento de Biología Evolutiva y Ecología, que lo ganó hace dos años en la categoría de Ecología y Biología de la Conservación. Por último, estoy profundamente en deuda con mi colaborador y marido, Eric Johnson, de la Universidad de Columbia. Le doy las gracias por su inspiración

en veinticinco publicaciones conjuntas y su inquebrantable apoyo en el mismo número de años de un matrimonio estupendo.

Permítanme agradecerles de nuevo este honor tan enorme. La repercusión internacional de este Premio ayudará a corregir la percepción errónea de que la ausencia de una acción climática adecuada se debe únicamente al déficit de información. Conocer los déficits cognitivos, motivacionales y políticos que contribuyen a la inacción es el primer paso hacia un futuro mejor para nuestra especie en este planeta.